

# HEROINAS COLOMBIANAS

## ANTONIA SANTOS

Antonia Santos es la sacerdotisa del templo de la libertad y su nombre es un símbolo de heroísmo. Por ella se vislumbra en el confín del trópico a la mujer de estirpe superior que honra a su sexo y lo enaltece.

Era digna de haber ceñido sobre sus sienes una corona imperial, si la divina corona del martirio no dignificara su nombre. Porque en ella se auna la fortaleza del valor sobrehumano con el innato pudor de la mujer cristiana, y por ella vive imperecederamente en la historia lo que mayor trascendencia tiene en la vida: la dignidad del sexo!

Hasta el mismo nombre que para ella escogieron es símbolo, porque así se llamaron las mujeres de aquella raza que entre los romanos destacó las esposas de mejor temple y vitrud. Antonia fue una de las emperatrices más honestas en la ciudad de la Loba.

Qué orgullo para Colombia tener entre su constelación de heroínas una como Antonia Santos, y qué gloria para Santander haberla producido! En aquella tierra de indomables energías, siempre ha florecido en los jardines de la belleza y de la gracia, la rosa de heroica fragancia, flor de embriagador perfume que no se extingue, para honor suyo, porque en Santander la mujer no solamente ama, ora y edifica un hogar cristiano, sino que, llegado

el momento, sube los trágicos peldaños que únicamente pueden escalar las almas predestinadas y sublimes.

Los hombres que admiramos el heroísmo silencioso de las madres y que en el santuario del hogar las vemos capaces de toda abnegación, jamás pequeña por lo resignada, no podemos monopolizar el valor físico y menos si cobardes nos revelamos en los grandes dolores morales. No debemos ignorar que cuando una mujer resuelve ser valiente, si es con la espada, corta cabezas a lo Judith, y si con el vengador puñal, hiere al tirano por la revolución, como lo hizo Carlota Corday, cuyo valor desconcierta por su temple sobrehumano, aun a los hombres más audaces.

La muerte de Antonia Santos casi se confunde con las dianas victoriosas de Boyacá, que ella profetizó con inflamado acento, cuando en las gradas del cadalso la instalaban sus verdugos para que revelase el sitio en donde se ocultaban sus guerrilleros. Entonces dijo a sus verdugos: "antes de expirar el año, el suelo Granadino estará libre de los que tiranizan y vilipendian la virtud y el mérito".

Muy digna es de esculpirse esta sentencia en el pedestal de un héroe griego; sólo hablan así los elegidos de la inmortalidad.

Antonia apenas contaba 28 primaveras, cuando estalló el movimiento emancipador. Rodeada de una familia de entusiastas patriotas, algunos de ellos mártires también, dueña de altas ejecutorias sociales y de una cuantiosa fortuna, su casa se convirtió en un centro revolucionario que ella animaba con la tenacidad y arrojo de su espíritu.

Hermoso y singular contraste era ver aquella virgen rodeada de unos hombres rudos y toscos, que la obedecían y a quienes ella exaltaba con el fuego de su alma. Con la colaboración de su hermano Fer-

nando, de Antonio Tobar, Tadeo Rojas, Vicente y José Ardila, Gabriel Uribe y muchos otros, organizó la célebre guerrilla de "**COROMORO**", cuyo punto céntrico fue "**El Hatillo**", mansión de la familia Santos, correspondiente en la parroquia de Cincelada al Cantón de Charalá. Esta guerrilla alcanzó tales progresos que llegó a ser la preocupación del gobierno, por el entusiasmo que despertaba en aquellos pueblos, por las dificultades que oponían a las fuerzas realistas no dejándolas obrar libremente y porque siempre hostilizaban a los convoyes apoderándose de los ganados, víveres y pertrechos del ejército realista. Sus excursiones por las provincias del Socorro y Tunja lograron darle un prestigio tan grande, que el gobierno deseaba batirla a toda costa, para lo cual recurrió a todos los medios, inclusive las ofertas en dinero, a quien entregase, aprehendiese o denunciase a los valientes soldados que en jaque permanente mantenían a los realistas.

Ignoraban los españoles de dónde partía la misteriosa fuerza que, con certero empeño, anulaba sus movimientos o los revelaba a sus enemigos. Al interés que tenían los tiranos de acabar con los "bandidos" de "**COROMORO**", como los llamaban despectivamente, uníase el afán de aniquilar un espionaje que les era perjudicial en extremo, pues ya Bolívar con sus valientes compañeros adelantaba su gloriosa vanguardia por el valle de Sogamoso, después de transmontar los inaccesibles Andes.

La delación traidora dijo a los realistas quien era la causante de sus desastres, una mujer! Ah, una simple mujer! Qué vergüenza para los amos de una tierra en donde ellos se creían omnipotentes! Su rabia no tuvo límites.

Y una noche, cuando la guerrilla dividida estaba en Los Arrayanes y en la provincia de Tunja, aprovechando las sombras, siempre cómplices, llegó del Socorro al Hatillo, en donde únicamente es-

taba Antonia con su sobrina Elena, doncella de 15 años, su hermano Santiago y dos de sus esclavos, el Capitán Pedro Agustín Vargas, seguido de un destacamento realista e hízola prisionera.

Ah, si los valientes de "**COROMORO**" hubiesen acampado en El Hatillo o por allí cerca se encontrasen, qué mal rato habrían pasado los esbirros de Vargas, por atreverse a invadir el sitio en donde oficiaba su Generalísima, para ellos tan sagrada como su misma vida.

Antonia fue conducida a pie hasta el Socorro, no respetando su rango y sus prerrogativas de dama linajuda y de grandes riquezas. Se la aprisionó en un inmundo calabozo y vigilada severamente, se comunicó al Virrey Sámano tan grata noticia, haciéndole saber que al día siguiente sería fusilada "para escarmiento de los malvados".

Una brevísima causa de información ante un consejo de guerra la condenó a muerte, así como a sus dos esclavos que la acompañaron y a dos de los guerrilleros aprehendidos, llamados Isidro Rojas y Pascual Becerra. La sentencia se dictó contra todos por ser "enemigos del Rey y reos de lesa magestad".

Nada contuvo a los verdugos contra Antonia: ni su posición social, ni sus méritos y virtudes, ni siquiera el esplendor de su belleza; antes estas dádivas con que la naturaleza la había dotado, parecían ser causas agravantes. La intrépida patriota se mostró tan altiva y digna en su cautiverio, como llena de entereza, al notificársele la sentencia de muerte. No cedió ante las promesas de libertad que se le hicieron si revelaba los nombres de los guerrilleros, ni se intimidó ante los cargos que le hacían los jueces. Ante ninguno de aquellos tiranos, disfrazados con la toga de la justicia, se amedrentó, antes bien, hízoles cargos terribles de extorsión, robo, crueldad y tiranía.

Consultada la sentencia con el vejete Sámano,

obtuvo inmediatamente del sanguinario Virrey el "cúmplase sin demora".

Los últimos momentos de la heroína son de un valor tan alto y sublime como brillantados por detalles de inenarrable serenidad y decoro. Es la deidad que oficia ante la ara santa de la patria, noble, majestuosa y sin humanos temblores.

Por eso suplica al oficial que manda la escolta y a quien regala con gesto munífico un anillo de esmeralda, que apunten bien los soldados a su pecho para que no la hieran en el rostro y en otras partes del cuerpo que la hagan sufrir demasiado. Sentada en el fatal banquillo arregla, con un movimiento de innato pudor sus vestidos, amarrándolos a sus pies con un pañuelo de fina batista. Y todavía hace una última recomendación a uno de los soldados: que cubra su cuerpo al caer, si en algo sufre su pudor.

Y entonces, la inaudita descarga troncha la vida de la heroína!

El cuerpo de la mártir, lirio ofrendado en el altar de la patria, fue sepultado en el Socorro. Su martirio conmueve hasta los últimos refugios de los patriotas y el holocausto de su vida va a convertirse en un trofeo de victoria, pues después de semejante crimen, ya no habrá hombre que aspire a ser libre, que no quiera vengar tamaña iniquidad. Aquellos guerrilleros que veían en Antonia una deidad sagrada y a quienes animaba su espíritu excelso, juran vengar su muerte. La consigna se propala por toda la región y los habitantes del Socorro, los primeros, salen furtivamente de sus casas a congregarse en todos los campos y veredas, armándose por cuantos medios les fue posible.

Ese movimiento se propagó en todos los pueblos vecinos con tal rapidez, que obligó al Coronel González a tomar medidas de seguridad. Organizados los patriotas, los persiguen en su retirada hasta Charalá, sitio al cual confluían los rebeldes de a-

quellos contornos, para hacerse tan fuertes como les fuera posible y batir allí a los realistas.

La guerrilla que ANTONIA fundó y sostuvo y que después de su martirio sigue animando con su recuerdo, se dividió en dos grupos: el uno, al mando del Coronel Fermín Vargas, marchó a incorporarse en las tropas de Bolívar, combatió en la memorable batalla del PANTANO DE VARGAS y luego en el campo inmortal de BOYACA; el otro grupo dirigido por sus Comandantes Tadeo Rojas y Gabriel Uribe, don Fernando Santos, hermano de ANTONIA, y Cayetano Tellez, desempeñó en Charalá un papel importantísimo y decisivo, pues contuvo al Coronel González e impidió que se uniera a Barreiro en el histórico puente y reforzará sus huestes.

Si González logró vencer a los valerosos Charaleños, por lo mal armados que estaban y entregó la ciudad al saqueo, Barreiro quedó aniquilado y prisionero y Bolívar dueño absoluto de la NUEVA GRANADA. Si el ejército de González hubiera podido llegar hasta Boyacá a reforzar al Jefe realista, es posible que el curso de la historia hubiese cambiado de rumbo o al menos retardado la acción de armas, que allí selló nuestra libertad.

En la toma de Charalá fue sacrificada una nueva heroína. Refugiadas muchas personas en el templo, creyendo que hasta allí no llegaría la venganza de los realistas, éstos invadieron sus naves y en momentos en que la joven Elena Santos, sobrina de ANTONIA y que la había acompañado en El Hatillo la noche en que fue apresada, al querer huír por una ventana, un soldado disparó sobre ella. La inocente niña cayó envuelta entre su sangre, que no manchó las baldosas del templo de Dios, pero sí las manos sacrílegas de aquellos verdugos. Fue el holocausto de una criatura inocente que el patriotis-

mo ofreció a Dios en su propio templo, por redimir la patria.

(1) ANTONIA SANTOS tenía 37 años cuando fue fusilada en la población del Socorro el 28 de julio de 1819, diez días antes que el Libertador venciera a Barreiro en Boyacá y tres días después que triunfó en el Pantano de Vargas. Entre estas dos gloriosas fechas se consumó el sublime holocausto que llena de legítimo orgullo a Colombia por la calidad de la heroína.

Era imposible que no fuera libre una tierra que tuvo mujeres como la brava hija de Pinchote, como María de las Mercedes Reyes Abrego, como la sublime Policarpa Salavarrieta, como Carlota Armero. Ya pueden las mujeres colombianas de todos los tiempos inspirarse en estos modelos, especialmente en el de ANTONIA SANTOS, la mujer fuerte por excelencia.

### JOSE IGNACIO VERNAZA

---

(1) Nació en Pinchote el 10 de abril de 1782. Hija de Pedro Santos y María Petronila Plata.